

## UN MANUSCRITO VIAJERO

*(Relata el regalo de una batería de Artillería  
al Sultán de Marruecos en 1865)*

POR ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

Este relato, vivido por un artillero sevillano, narra las vicisitudes que le ocurrieron al llevar a cabo su misión.

La casualidad puso un día en nuestras manos un manuscrito cuyo título y fecha era una auténtica sorpresa. Decía: *Regalo de una batería de Artillería al Sultán de Marruecos. Año 1865.*

Se trata de una Memoria manuscrita por el capitán sevillano Rafael Halcón y el teniente Manuel Gutiérrez Estefaní, ambos de artillería, que formaron parte de la comisión nombrada por la Reina Isabel II para entregar al Sultán de Marruecos una batería de campaña. Dicho escrito iba dirigido al director general de Artillería.

La primera sorpresa nos la proporcionó la lectura de una carta fechada el 12 de mayo de 1897 —32 años después de escrita la Memoria— en la que el comandante general de Artillería del 2.º Cuerpo del Ejército, Conde de Peñaflor, con residencia en Sevilla, remitiéndole la Memoria, que él había redactado y escrito cuando era capitán, y que había encontrado casualmente en poder de un vendedor de libros viejos.

La carta del general Halcón dice lo siguiente:

«Señor Don Francisco Parra. Coronel de Artillería de la Maestranza de Sevilla. Mi estimado amigo: Habiéndose dispuesto que por el Museo del Cuerpo se adquiriese

un ejemplar de la Memoria que Estefaní y yo presentamos después de nuestra Comisión a Mequinez en el año 1865 para entregar en nombre de S. M. la Reina a S. M. el Sultán de Marruecos una Batería de Artillería de Campaña, y que dicha Memoria (que debió ser sustraída) se conservara en la biblioteca de la Maestranza de la digna dirección de Usted, lo que mucho agradecí, no se pudo cumplimentar lo prevenido porque había sido vendido por el librero que la tenía en su colección.

Afortunadamente hace días me la vinieron a ofrecer, y la he adquirido siéndome muy satisfactorio el poderla donar a dicha biblioteca en la que tendrá la inmerecida honra de que se conserve sin que pueda ser de utilidad por su escaso mérito; pero si por casualidad la ojea algún compañero, que recuerde fué uno de los más amantes entusiastas del Cuerpo y de sus antiguas tradiciones, el que lo es suyo y muy afectísimo amigo, q. s. m. b. el Conde de Peñafior.»

La Memoria, que sin duda fue sustraída de la biblioteca, comienza señalando que el 22 de febrero de 1865 se constituyó una comisión formada por el cónsul de Mogador, Salvador Rizzo; por el comandante capitán de E. M. Pedro Gómez Medviela; el padre misionero Fray Gregorio Martín; el capitán de Artillería Rafael Halcón y por el teniente de Artillería Manuel Gutiérrez Estefaní. Se le confiaba a esta comisión la entrega en Mequinez al Sultán de Marruecos de una batería de Artillería de Campaña, regalo que le hacía la Reina Isabel II.

Los componentes técnicos de la comisión eran el capitán Halcón y el teniente Estefaní, a los que se les encargó un informe sobre las características del transporte de la batería a través de Marruecos, y de las observaciones que pudieran adquirir sobre el ejército marroquí y en particular del arma de Artillería. Este informe en forma de Memoria fue elevado al director general de Artillería con fecha 12 de julio del mismo año de 1865.

Aunque los autores se lamentan de no haber podido aportar demasiados detalles, por lo difícil que les resultó tomar

notas sin ser advertidos, la lectura de la Memoria da prueba del gran interés demostrado en la adquisición de datos.

Comienza indicando que la primera reunión que tuvieron los comisionados se celebró en Cádiz el 17 de marzo de 1865, ciudad donde se realizó la concentración del material de la batería, remitido desde los Parques de Artillería de Madrid y Sevilla.

Cuando toda la batería estuvo a punto se procedió al embarque de la misma en la goleta de guerra «Consuelo» el día 21 de marzo. Dos días más tarde partía hacia Tánger, en cuya travesía tardaría siete horas.

El embajador español en Marruecos, Francisco Merry, aconsejó que la batería permaneciera en Tánger, en espera de que mejorasen los caminos, intransitables a consecuencia de las lluvias. El desembarco se realizó con muchas dificultades, ya que en el puerto de Tánger no había muelle para operaciones de este tipo, por lo que fue necesario realizarlas a brazo, empleando pequeñas embarcaciones varadas en la playa.

El 4 de abril llegó a Tánger el ministro de Negocios Extranjeros marroquí, Sidi-Mohamed-Vargash, con objeto de entrevistarse con el embajador español. Ambos convinieron que dada la imposibilidad de hacer el viaje por la tierra a causa del mal estado de los caminos, se solicitara del Gobierno español un barco para transportar la batería hasta Larache, esperando allí la mejoría del tiempo hasta seguir a Mequinez. De esta forma el 11 de abril se volvió a embarcar el material en la misma goleta «Consuelo», partiendo en dirección a Larache el día 13, invirtiendo diez horas en la travesía.

El vicecónsul español en Larache lo tenía todo dispuesto para el desembarque, que también hubo de realizarse a brazo. A las pocas horas de la llegada de los españoles fueron visitados por el bajá gobernador de la provincia, Sidi-Ali-Ben-Mohamed, y por el jefe de la escolta que había de conducirlos hasta Mequinez, el cual pertenecía a la Artillería marroquí.

El primer asunto a estudiar fue el ganado preciso para el traslado de toda la batería, así como las cargas que serían necesarias. Estas fueron calculadas en diez por cada pieza, lo

que obligaba a emplear 80 bestias entre camellos y mulos. Varios carpinteros y herreros se dedicaron a la construcción de los atalajes necesarios que fueron ingeniados por los dos artilleros españoles de la comisión.

Ocho días tardaron en estar preparados y tras los ensayos correspondientes emprendieron la marcha. La caravana estaba compuesta por el jefe de escolta marroquí llamado Sidi-Ali-Ben-Taled, veinte artilleros marroquíes, dos intérpretes hebreos, cuarenta soldados de la guarnición de Larache y ochenta conductores de ganado que eran los propios dueños. Por parte española, un sargento, dos cabos, diez artilleros del Regimiento de Artillería de Sevilla y un obrero carpintero sevillano que pertenecía al Parque y Maestranza de Artillería. El total del ganado, treinta caballos, cuarenta mulos y cuarenta camellos, estuvieron preparados para emprender la marcha el 24 de abril de 1865.

Durante diez días recorrieron por un camino difícil los ciento treinta y cinco kilómetros que separaban Larache de Mequinez, aumentando las dificultades al estropearse algunas parihuelas, lesionarse algún ganado y tener que atravesar riachuelos demasiados crecidos a causa de la lluvia.

La obligada subida al monte Serhon fue dura. Este lugar se consideraba sagrado por existir en su vertiente norte el santuario donde reposan los restos del padre del fundador de Fez. Desde su cima se divisaba la magnífica panorámica del valle que conducía hasta Mequinez, ciudad que alcanzaron el 3 de mayo, entrando por la puerta de la judería.

El último día de viaje, encontrándose la comitiva a seis kilómetros de Mequinez, salió a recibirles el segundo gobernador de la Plaza, acompañado de numerosa escolta, para cumplimentarles y darles a conocer el protocolo marroquí, consistente en tener que esperar tres días para ser recibidos por el Sultán. La audiencia se celebró a las siete de la mañana, en un pabellón llamado Casablanca, donde el Sultán escuchó con gran atención las explicaciones de los artilleros españoles concerniente al empleo de la batería y presenció un ejercicio de puntería en el que se dispararon salvas. La reunión duró cerca de tres horas.

Muy satisfecho el Sultán, indicó al jefe español que se entrevistara con la comisión de militares marroquíes, nombrados al efecto para tratar asuntos militares y en especial del manejo de la batería.

La comisión marroquí estuvo compuesta por Sidi-Abel-Allah, Generalísimo y Jefe del Ejército; Mulay-Adamed, que lo era de la Artillería, y algunos alumnos más aventajados de la Academia de Artillería marroquí. En el intercambio de pareceres, los españoles pudieron apreciar los escasos conocimientos que tenían los moros del empleo de la artillería.

El ejercicio de fuego real que los españoles realizaron con la batería causó la admiración de los asistentes al comprobar cómo los proyectiles hacían explosión en el mismo blanco.

Durante los veintiún días que permanecieron los españoles en Mequinez celebraron algunas reuniones con Mulay-Adamed, personaje de notable franqueza y talento natural, que mostró grandes deseos de recibir enseñanzas sobre la artillería.

El día 24 de abril fueron obsequiados los comisionados, en nombre del Sultán, con caballos y armas de diferentes tipos con múltiples grabados e incrustaciones.

Se dispuso el regreso para Tánger, cubriendo los ciento treinta y cinco kilómetros en seis días, cuatro menos que a la ida, debido a no transportar material pesado. En vista del tiempo seco y que los caminos estaban transitables, dispusieron hacer la marcha hasta Larache por tierra, recorriendo los setenta kilómetros que separaba esta ciudad de la de Tánger en sólo tres días. Tras descansar en Larache, emprendieron el regreso a España en la goleta de guerra «Ligera», desembarcando en Cádiz el día 16 de mayo. Al día siguiente salió para Sevilla la clase de tropa al objeto de incorporarse a su regimiento, el Segundo de Artillería Montada, y los oficiales continuaron hacia Madrid para cumplimentar a la Reina y darle cuenta del viaje y entrevista con el Sultán. Por R. D. del 13 de julio de 1865 se le concedió a cada componente de la comisión tres meses de gratificación en metálico, consistente en dos mil reales de vellón mensuales a los oficiales, doscientos a los sargentos y ciento veinte al personal de tropa.

El informe que comentamos hace una amplia y detallada

descripción de las tres ciudades moras visitadas por la comisión. Lógicamente las explicaciones han perdido actualidad, dado el tiempo transcurrido, pero queremos transcribir algunas de las observaciones referentes a la ciudad de Mequinez, que aún hoy resultan de interés.

Decían el capitán Halcón y el teniente Estefaní que Mequinez era una ciudad no muy antigua fundada por una tribu procedente de Teza de cuyo nombre había tomado el suyo. Situada en una zona de colinas, se extendía hacia el monte Serhon a través de un valle muy fértil, rodeado de huertas.

La mayor parte de las construcciones procedían del año 1674 en la que el Sultán Mulay Ismail construyó las murallas, su palacio y las viviendas para la numerosa y famosa guardia negra <sup>1</sup>, contorno que era conocido como la Alcazaba. El resto de la ciudad estaba constituida de casas pequeñas y calles tortuosas.

En la época a que se refieren las Memorias, las mezquitas principales eran trece, aparte de otras de menor importancia.

La población podría calcularse en unos 40.000 habitantes, de los cuales 7.000 eran judíos.

Las murallas del recinto de fuerte espesor, con altura aproximada de diez metros, era la principal defensa de la ciudad, donde había colocadas quince piezas de artillería <sup>2</sup>.

El Sultán reinante en 1865 trató de reformar su ejército con arreglo a las normas existentes en otras naciones europeas.

El ejército marroquí lo constituían tres clases diferentes: los organizados a la europea, los que formaban la guardia del Sultán llamados Askar y los que guarnecían las plazas y kábilas militares bajo las órdenes de los bajá o gobernadores. Los primeros, mandados por el general negro Sidi-Aabd-Allah, hombre de gran viveza y actividad, pero sin ninguna instrucción, lo constituían nueve batallones de Infantería de mil

---

1. Trajo del Sur de Africa multitud de familias negras a las que cedió porciones de ricas huertas. Se calcula que a la muerte del Sultán la guardia negra estaba constituida por cien mil soldados de dicho color.

2. A la descripción de estas murallas, dedican los oficiales que redactan las Memorias un estudio muy minucioso.

hombres cada uno y dos escuadrones de Caballería con doscientos hombres por escuadrón.

El armamento de que disponían era el fusil de chispa con bayoneta. El más largo o espingarda lo utilizaba la Infantería, y el más corto, llamado tercerola, la Caballería.

La uniformidad la formaban un gorro de lana encarnado, con borla azul, camisa, chaleco, chaqueta de paño, faja de color, pantalón ancho hasta la rodilla y babuchas. El colorido de estas prendas no era igual para todos, lo que les hacía presentar un conjunto bastante extraño. También se incluía en el vestuario una manta, un morral y las cartucheras.

Los jefes se uniformaban de manera análoga, aunque adornándose caprichosamente las bocamangas y hombreras con bordados de plata y oro. El uniforme de la Caballería se diferenciaba del de la Infantería en que utilizaban botas para montar en vez de babuchas. Los soldados eran hábiles en el manejo de los fusiles y mucho más montando a caballo.

El sistema de reclutamiento era el de voluntariado. En el acto de formalizar el compromiso, cada uno recibía quince ducados, siéndole marcada la mano izquierda entre el índice y el pulgar. Para abandonar el servicio tenían que devolver la cantidad recibida, cosa que pocas veces podían hacer, por lo que la mayoría tenían que continuar en el ejército hasta que eran declarados inútiles.

Las tropas de los bajás eran también voluntarias y cada gobernador pagaba a los suyos, pudiendo aumentar o disminuir a su capricho el número de su plantilla.

Existían varias kábilas militares muy adictas al Sultán, cuyos componentes, soldados y labradores, conservaban el carácter guerrero y caballeroso de los verdaderos árabes. El Sultán les entregaba armas, caballos, una corta asignación mensual y les eximía del pago del alquiler de las tierras que cultivaban. En caso de guerra contra otras kábilas, les daba como premio tierras y ganado tomados al adversario. Precisamente poco antes de abandonar Mequinez la comisión española, la kábila de Guernan se declaró en rebeldía. El Sultán dispuso que fuese atacada por una kábila adicta. El jefe de la misma recibió la siguiente orden, que copiada a pie de la

letra decía: «Ataca a los de Guernan; los ganados y sembrados para ti y los tuyos; las cabezas de los muertos y los prisioneros para mí».

La opinión general de los autores del manuscrito, en cuanto al ejército marroquí que ellos conocieron, era muy poco favorable en cuanto a organización, armamento y conocimientos técnicos.

El informe referente a la Artillería comenzaba con estas palabras:

«En muy mal estado se encuentra nuestra arma en el Imperio de Marruecos, debido a ser extraordinariamente temida de los naturales del país y a pesar de la atención que el Sultán le dedica, ya que se considera un buen artillero, por la certeza que han tenido los disparos que ha hecho en varias ocasiones, con toda clase de piezas y especialmente con los morteros; pero eso no impide que conste de un personal con una instrucción muy corta y un material en estado casi completo de inutilidad.»

El personal de la Artillería se dividía en dos clases: para el servicio de la Artillería de campaña y para los de plaza. Todos estaban bajo la dirección de Mulay-Adamed, conocedor de su misión y con una instrucción, aunque corta, muy superior a la de sus compatriotas<sup>3</sup>. Por esta superioridad y la distinción que le profesaba el Sultán, era criticado e incluso envidiado.

Curiosamente los dos cargos más importantes de la artillería marroquí eran desempeñados por españoles. El instructor principal era un sevillano fugado de presidio, que había sido soldado de Artillería en el año 1848 en la Brigada Montada del Tercer Departamento de Sevilla, asistente de un oficial de Artillería en Ultramar, y una vez cumplido el servicio militar, salteador de caminos y presidiario. El otro cargo lo regentaba un valenciano, y era el de encargado del material.

---

3. Había sido discípulo de Side-Aabd-el-Brahjam, renegado francés que fue maestro del Sultán, después su favorito y en aquel tiempo estaba ya retirado de la vida pública.



Estos dos españoles fueron los que proporcionaron la mayor información sobre la organización de la artillería marroquí, que pudieron conseguir nuestros comisionados.

Se pudo saber que la Artillería estaba dividida en campaña y plaza. De la primera formaban parte, sin incluir el regalo de nuestra Reina, sesenta y cinco cañones de montaña del calibre de 8 cms. lisos, cinco obuses de 12 cms. largos, seis morteros de 15 cms. y una batería de 8 cms. lisos de campaña, regalo del Gobierno francés en 1854. Las municiones no estaban muy bien conservadas, como tampoco las cargas de pólvora negra, por lo que su empleo les hacía perder eficacia en la puntería.

El transporte de la artillería de campaña lo verificaban a lomo de camellos, utilizando instrucciones muy rudimentarias para la carga y descarga del material, y el orden en la marcha.

En cuanto a la Artillería de Plaza los informes fueron más difíciles de conseguir, limitándose a lo observado en Larache y Tánger. El despliegue artillero en costas y fronteras alcanzaba a seiscientos cañones, cuarenta morteros y algunas cullebrinas. La mayor parte de este material, de procedencia española, era de bronce.

El estado del material era por lo general defectuoso, excepto el artillado de Tánger, por aquello de ser la plaza más visitada por los europeos<sup>4</sup>.

La industria militar en el Imperio marroquí era prácticamente desconocida.

Los moros fabricaban la pólvora para sus ejércitos, pero cuando necesitaban usarla con absoluta garantía, utilizaban la que recibían del extranjero, principalmente de Inglaterra. También disponían de una pequeña fábrica de cápsulas de guerra de muy escaso rendimiento.

El resumen que la comisión dedujo del estudio del Arma

---

4. Los comisionados abundando en esta idea contaban la siguiente anécdota: «Durante nuestra primera estancia en Larache, el Bajá se mostró muy solícito y obsequioso, hasta el extremo de acceder a que visitáramos oficialmente las fortificaciones, cosa que nunca se ha permitido a los cristianos, con este motivo dispuso que se blanquearan las baterías y se pintara de alquitrán el material, pero el día marcado para la visita no se había concluido de pintar. A nuestro regreso de Mequinez, después de transcurrido más de un mes, el material que vimos sin pintar seguía en el mismo estado.

de Artillería en Marruecos, fue que se encontraba muy por debajo del nivel medio de las naciones europeas, y su armamento y material estaba muy anticuado y deteriorado.

El lector que sienta el deseo de conocer este Manuscrito en su totalidad, puede conseguirlo en la Biblioteca de la 2.<sup>a</sup> Región Militar, en la seguridad de que podrá conocer además la curiosa circunstancia de que dicho manuscrito estuvo perdido por dos veces. Una fecha la indicaba con anterioridad y otra más adelante, pudiendo ser recuperado casualmente por el coronel director de la Biblioteca Militar de la 2.<sup>a</sup> Región Militar en el año 1979<sup>5</sup>.

Confiamos plenamente, que la «vida sobrenatural de los objetos», impida al manuscrito al que nos venimos refiriendo, salte de la estantería que hoy le cobija para emprender un nuevo y desconocido viaje, como ha venido haciendo a través de los años.

---

5. El Coronel que llevó a cabo esta adquisición fue el de Infantería Don Benigno González, a través de un librero de viejo.